

Claude Cahen

TÉCNICA Y ORGANIZACIÓN SOCIOMILITAR EN EL MUNDO MUSULMÁN CLÁSICO

En verdad, prácticamente nadie discute que el progreso técnico responde a necesidades sociales y que, a su vez, influye en las estructuras sociales. No se discutirá, pues, que ese mismo proceso se produce también en el caso de las técnicas militares. No obstante, aceptados estos principios, no siempre resulta fácil determinar los efectos concretos y precisos. Las acciones e interacciones no se ven determinadas de una forma mecánica y en ningún caso proceden aisladamente respecto al conjunto de factores entrecruzados que constituyen una sociedad humana. Así, la influencia de un elemento determinado puede ser completamente distinta según el medio en que se produzca y, por tanto, no puede concluirse que sus repercusiones en un lugar hayan de ser idénticas en otro. En consecuencia, para apreciar correctamente su significado es necesario un estudio comparado de sus resultados en los diversos lugares. Sobre esta base intentaré realizar a continuación algunas catas en la historia sociomilitar del mundo musulmán medieval. Volveré —y me excuso por ello— sobre algunas ideas expresadas en un coloquio celebrado en Londres en 1970, cuyas actas, al no haberse editado separatas de los diversos artículos, no han alcanzado una gran difusión. De cualquier forma, esta exposición será diferente de la de 1970.

La historia de las técnicas en general, y de las técnicas militares en particular, en el Próximo Oriente medieval, es muy difícil de reconstruir, ante la ausencia de documentación literaria y, para los primeros siglos medievales, de todos los restos arqueológicos que sería de desear. Así pues, nuestra comunicación deberá considerarse

más como una invitación a la investigación que como un balance, aun sumario. Espero que, al menos en esa perspectiva, sea de una cierta utilidad.

Como es sabido, en el lapso de algunos años los árabes conquistaron inmensos territorios pertenecientes al imperio bizantino y todo el imperio persa sasánida, sin mencionar otras conquistas más allá de esos límites, desarrolladas con mayor lentitud. Esto puede llevar a pensar que poseían una superioridad técnica sobre sus adversarios. De hecho, no tenían otra que la de poder ser movlizados inmediatamente y transportados con gran rapidez gracias a sus camellos que, sin embargo—no hay que olvidarlo—, no participaban en el combate. Sin duda, podían equipararse a sus adversarios en el combate singular pero carecían por completo de experiencia en las grandes batallas y no contaban con instrumentos para el asedio ni con fortificaciones. Mucho se ha alabado al caballo árabe—sobre ello volveremos más adelante—, pero sólo un número reducido de guerreros lo poseía, desconocían el estribo, las sillas y los bocados eran muy rudimentarios—cuando existían— y los caballos no podían ser transportados por los camellos... Las armas fundamentales de los árabes eran el arco, un arco poco sofisticado del que se servía, con escasa eficacia y casi exclusivamente, la infantería, y la jabalina, que se arroja y hiere, más que la lanza, que se sostiene durante la carga y que atraviesa o derriba. Los sables, poco utilizados, sólo servían una vez alcanzada la victoria.

En principio, el ejército árabe-musulmán era un ejército popular, en el sentido de que se reclutaba entre la población árabe y que no estaba formado por profesionales. No obstante, los soldados árabes no tardaron en profesionalizarse un tanto, ya que por lo general no regresaban a sus hogares, permanecían en garniciones y cuerpos de ocupación que sólo se renovaban por la muerte de sus miembros, y renunciaban a otro medio posible de subsistencia. Aquellos que eran de origen nómada—la mayor parte— iban acompañados, a veces, de su familia, pero incluso en ese caso quedaban aislados de su tribu. Únicamente grupos marginales permanecían en la vida tribal, grupos que sólo eran reclutados en los casos de auténtica necesidad. Evidentemente, ese ejército presentaba la ventaja de un coste poco elevado. Ciertamente el soldado percibía una soldada, pero la parte fundamental de sus ingresos los conseguía en el campo de batalla y, al

principio, la parte del botín que obtenía el califa y los impuestos de las poblaciones conquistadas eran suficientes para el pago de la soldada, dado que las necesidades del estado embrionario eran aún escasas.

No obstante, hay que apresurarse a señalar otro rasgo distintivo. Hemos dicho que el ejército árabe era popular. Esto es cierto desde el punto de vista de los árabes. Pero se trataba de un ejército de ocupación que, para las poblaciones indígenas, era un ejército extranjero. En el caso de los sirios, los mesopotamios y los egipcios, desacomodados desde hacía largo tiempo al servicio militar, ello no introducía grandes cambios en su situación anterior. No sucedió lo mismo con los iranos y los pueblos del Asia central, que constituían el ejército sasánida. Algunos de ellos, sobre todo los de las regiones fronterizas, ingresaron en el ejército musulmán y también lo hicieron un número creciente de conversos, clientes/*mawálá* de los árabes, aunque únicamente en calidad de soldados de infantería en rangos subalternos y con una parte reducida de los beneficios. En conjunto, el ejército siguió siendo un ejército árabe y fue sentido como tal hasta mediados del siglo VIII, a la caída de los omeyas.

Naturalmente, estas características técnicas y étnicas no tardaron en cambiar. El contacto con los bizantinos, iranos y turcos permitió a los árabes conocer nuevas armas y nuevas formas de combate. Les permitieron conocer también el estribo, del cual hablaremos más adelante. Las campañas contra los bizantinos del Asia Menor y los turcos del Asia central, mucho más difíciles ahora, exigieron la adopción de las armas y las técnicas nuevas. El coste del ejército se incrementó, pues, en el momento en que, al disminuir el ritmo de las victorias, se redujeron los beneficios.

Por otra parte, la dinastía omeya sucumbió a manos de los abasíes. De hecho, este cambio fue expresión de una ineluctable transformación en el seno del imperio. Desde el punto de vista militar, la revolución que llevó al poder a los nuevos dueños, bien que éstos fueran árabes, fue obra de las gentes del Jorasán (iranos del nordeste) reforzados con algunos contingentes del Asia central semitiranizados. Ciertamente elementos árabes habían participado en el movimiento revolucionario, pero su papel en la victoria fue insignificante y desaparecieron incluso de las filas del ejército que protegía al califa. Los árabes siguieron siendo preponderantes en los países árabes, en especial en los territorios bizantinos, y durante algún tiempo en el

Mogreb y en España, ahora conquistados, pero desde entonces —y salvo en Occidente— dejaron de formar parte del ejército oficial, organizado y pagado por el califa. Su número disminuyó también, fuera de las fronteras, a lo largo de todo el siglo IX. El único ejército oficial, bien organizado y bien pagado, era el de los iraníes del Jorasán. Se trataba de una división étnica y técnica, a un tiempo, ya que los árabes que aún realizaban una actividad militar eran, en gran parte, beduinos nómadas fieles a las tradiciones ancestrales y, en las fronteras, voluntarios de la guerra santa, *ghazís*. Llegados un poco de todas partes. En todo caso, unos y otros carecían por completo de formación profesional. Por su parte, los soldados del Jorasán se convirtieron rápidamente en profesionales, con adjudicación de tareas delimitadas, bien pagados y formados en las nuevas técnicas. Se dirá que, desde el punto de vista de los iraníes, eran indígenas, pero no hay que exagerar este extremo, pues no pertenecían a todos los grupos de la población y se apartaban de ésta, todavía zoroástrica en su mayoría, por su conversión al islam y su concentración en los núcleos de guarnición. Esta separación no haría sino accentuarse durante el siglo IX, cuando las gentes del Jorasán, perdida la confianza del califa, se vieron incrementados o sustituidos por turcos del Asia central, ya fueran libres, procedentes de territorio musulmán, o —cada vez más— adquiridos como esclavos más allá de las fronteras (en Occidente negros y eslavos). Desde luego, siguieron existiendo hombres «libres», pero que prestaban juramento de fidelidad y eran reclutados, cada vez más, en el seno de poblaciones especiales, kurdos o daylamitas del norte de Irán, y bereberes en África del Norte y en España. La condición concreta de unos y otros no era muy diferente y en ambos casos eran considerados como extranjeros en los países semíticos y luego, poco a poco, también en las demás regiones e incluso en el propio Irán. Desde el punto de vista técnico, los hombres «libres» reclutados a edad adulta llegaban con su formación adquirida, mientras que los esclavos que se adquirían jóvenes eran instruidos por los oficiales del régimen. Se admitió comúnmente que los esclavos estaban más unidos a la persona del soberano o de su general, mientras que los demás permanecían más ligados a sus clanes de origen. De hecho, unos y otros comprendieron pronto que tenían al califa en sus manos, se envidiaban y combatían entre sí, pero sus condiciones de existencia y de trabajo eran muy similares.

Los dos grupos eran financiados por el estado y agrupados en la capital y en algunos otros centros importantes de guarnición. Vivían en régimen de colectividad, su vida profesional era colectiva, realizando sus ejercicios en común. Mediante una serie de revistas periódicas se controlaba su presencia y su estado y era en tales ocasiones cuando recibían su soldada de manos de un alto funcionario, el *arid*. Es cierto que a partir del siglo X, las dificultades políticas y económicas obligaron a sustituir una parte cada vez más importante de los sueldos directos por asignaciones de tierras en distritos reservados a este efecto. Es el sistema del *iqta'*. Pero en la perspectiva del tema que aquí nos ocupa no hay que exagerar las consecuencias de este fenómeno. En efecto, no se trata ni de propiedad ni de delegación permanente. Durante dos siglos, estos distritos variaron constantemente, quedando, pues, bajo un cierto control del estado, y aunque éste concedía a los asignatarios la administración local de la que dependía el impuesto, no tenían poder para cambiar la ley. De cualquier forma, los militares permanecían fundamentalmente agrupados en las ciudades y se limitaban a inspeccionar su distrito de vez en cuando y a enviar, de forma más estable, a sus esclavos a recibir los ingresos que les correspondían. Estamos ante una situación que en ciertos aspectos asemeja a este ejército al ejército central de Bizancio —no al de los *themata*— pero que lo opone casi totalmente con el de Europa. Más tarde, se produciría, en forma y momento diferente según los lugares, una descentralización parcial que, desde luego, no fue general y que, en todo caso, se produjo de forma tardía.

¿Cuáles eran las características técnicas del nuevo ejército?

En sentido amplio, el armamento de un ejército de Oriente y de un ejército de Occidente se parecen, en el sentido de que las técnicas de base, los tipos principales de armas, eran los mismos o similares. Pero a escala de la Edad Media, las pequeñas diferencias son más importantes que las grandes. Es sabido que bastan algunos metros de diferencia en el alcance de los arcos, una mayor abundancia de flechas o una relativa desproporción en la dureza de su impacto para asegurar al más fuerte la victoria sobre el más débil. Con frecuencia, los éxitos de los turcos no tuvieron otras causas.

Tan sólo algunas palabras respecto a la infantería. La gran diferencia estriba en la utilización, en Oriente, del sable curvo, que sólo permitía golpear con el filo, mientras que en Europa se usaba la espada recta, que permitía utilizarla también como estoque. Esta última

supone una metalurgia más avanzada y pese a la reputación que más tarde alcanzaría el llamado acero de Damasco, lo cierto es que, incluso en Oriente, y desde fecha muy temprana, se reconocía unánimemente la superioridad de la espada «franca». En el Cercano Oriente había poco hierro y pocos combustibles que permitieran (en el contexto de los conocimientos medievales) alcanzar altas temperaturas, aspectos que explican la diferencia. Ahora bien, no veo qué consecuencias puedan derivarse de este hecho desde el punto de vista de la organización general. El sable y la espada no servían de mucho al caballero, dado que luchaba montado, y lo que resultaba sorprendente, tanto en Oriente como en Occidente, es la primacía de la caballería.

Hay que distinguir dos tipos de caballería. La caballería nómada no resultaba gravosa, pues se aprovisionaba directamente en los lugares que recorría, pero en ella quedaban prácticamente excluidas las armas pesadas e incluso la silla, el bocado y el estribo eran muy rudimentarios. El caballo utilizado era el caballo «árabe» clásico, nervioso y pequeño y, por tanto, incapaz de llevar una carga muy pesada. No estaba necesariamente en inferioridad con respecto al ejército pesado, pues éste era más lento de transportar, sufría en la travesía del desierto, etc. A menudo, lo decisivo no era la superioridad de una técnica sobre otra sino la búsqueda de las condiciones de combate que otorgaran la superioridad.

El caballo del ejército pesado profesional, que se alimentaba esencialmente con la avena que afluía a las guarniciones en concepto de las prestaciones de los aparceros o del impuesto cuando se pagaba en especie, era de raza menos pura, más próximo al del Asia central, donde era criado desde hacía muchos siglos por los grupos indoeuropeos o turcos, cuyos emigrantes lo habían llevado hasta Europa. No obstante, resulta difícil pensar que en tierra musulmana pudiera haber alcanzado o conservado la robustez de su pariente europeo, dada la ausencia de tierras fértiles y de las condiciones climáticas de las que se beneficiaba este último.

De cualquier forma, lo cierto es que en el período que consideramos hubo primacía de la caballería, tanto en Oriente como en Occidente. Naturalmente, esto implica una serie de elementos técnicos, y en Occidente se admite que en el origen de esa primacía se hallan una serie de progresos en el equipamiento del caballo, especialmente el estribo que, introducido por los pueblos del Asia central, había alcan-

zado progresivamente a toda Europa con las diversas migraciones. Desde luego, la introducción del estribo en Irán tiene, cuando menos, la misma antigüedad, pero entre los árabes fue posterior a sus conquistas. Lo más notable es que las consecuencias técnicas y sociales fueron diferentes en Oriente y en Occidente. Desde el punto de vista social, la caballería era, en los dos ámbitos, una clase en ascenso, que llegaría a ser dominante, pero en Occidente su ascensión reforzó, de forma centrífuga, una serie de poderes individuales o locales, mientras que en Oriente se trató de un ascenso colectivo, pues —ya se ha dicho antes—, el ejército llevaba una vida común en las guarniciones. Técnicamente, la evolución se manifestó en el sentido de la fuerza, de la pesadez y, por tanto, también del alza del precio del caballo y del caballero (de ahí el abismo en la escala social). No puede negarse que en Oriente se produjo una cierta evolución en el mismo sentido, con las interadaptaciones necesarias, pero en conjunto la tendencia fue la de la movilidad y la ligereza. La novedad fundamental consistió en la introducción de la arquería a caballo —por otra parte, muy diversificada—, poco practicada en Occidente. La fabricación del arco, simple, con algunas esencias de álamos, o compleja, mediante combinación de fragmentos de madera aglomerados, conoció un importante perfeccionamiento. La flecha podía ser rudimentaria, un trozo de madera con punta de hueso, o perfeccionada, lo que implicaba una metalurgia que no en todas partes era posible. Los procedimientos de tiro con arco eran diversos, pero todos los maestros arqueros de los que se hace eco la literatura posterior en país árabe (incluso tras la expansión turca) eran del ámbito irano-turco. A grosso modo pueden distinguirse dos sistemas. Podía intentarse provocar el desconcierto en el enemigo, mediante una nube de flechas lanzadas en todas direcciones e incluso por detrás en la huida simulada (como la antigua «flecha del parto»), o, por contra, se aprovechaba la estabilidad del caballero para lanzar cuadrillos de ballesta contundentes. Sin embargo, parece que la ballesta alcanzó mayor desarrollo en Occidente y no se perfeccionó plenamente en Oriente sino tras los contactos con los cruzados o, más tarde aun, con los mongoles.

No quisiera caer en la necesidad de esbozar una especie de caracterización permanente de los pueblos. Sin embargo, uno no puede evitar la impresión de que los turcos, por aptitud innata o por costumbre atávica, están especialmente cualificados para la vida militar y,

en esa época, para la arquería montada. Para los árabes, los turcos eran invencibles y no podían imaginarse equipados o combatiendo de la misma manera.

Cuanto acabamos de decir varió de forma más o menos sustancial a partir del siglo X, a raíz de la fragmentación política del mundo árabe y de la formación de principados autónomos, en beneficio tanto de generales del ejército regular como de jefes regionales indígenas, especie de *condottieri* como los que más tarde habría de conocer Italia. No obstante, un hecho a resaltar es que ninguno de esos principados pudo subsistir por mucho tiempo, al menos en el ámbito irano-turco, sin enrolar a caballeros turcos al lado de los elementos originales, en su mayor parte infantes originarios de las montañas. El ejército permaneció concentrado en las ciudades.

En el mundo árabe, en Siria y en Mesopotamia, también se formaron principados autónomos, sin que fuera necesario, al menos en un primer momento, acudir a los turcos. Su base militar era beduina, con la reaparición —sobre todo en los confines del mundo bizantino— de formas de combate tradicionales de los nómadas árabes, que nos canta, frente al Digenis Akritas bizantino, las novelas de caballería de Seyyd Battal, Dhat al-Himma, etc. Egipto plantea problemas más complejos que no podemos discutir aquí. En Occidente se produjo una evolución en el mismo sentido, sin la presencia de turcos por el momento, en beneficio de negros, eslavos y bereberes, pero sin una diferenciación técnica tan marcada.

¿Acaso esta evolución desarrolló un clima de inseguridad? Más en profundidad vemos aparecer otro movimiento, sobre todo —aunque no exclusivamente— en las zonas montañosas. Vemos cómo se construyen, muchas veces en el seno de grupos de poblaciones especiales, castillos rurales, apartados de las fortificaciones urbanas que hasta entonces constituían prácticamente la única arquitectura militar. Es cierto que antes habían existido en las fronteras exteriores, pero ahora se generalizan. ¿Implicaron la introducción de innovaciones técnicas? Es éste un campo de estudio totalmente virgen. Desde el punto de vista local, supusieron el renacer de la lucha a pie, pero sin repercusión a escala regional amplia.

La conquista turca, realizada a partir del siglo XI, puso fin a este período en Oriente. Hay que distinguirla del proceso anterior de inserción en el ejército musulmán de elementos turcos individuales.

Se trataba ahora de la migración de todo un pueblo. Aunque bajo formas nuevas, siguió existiendo una dualidad de ejércitos. Como sus predecesores, los nuevos sultanes se rodearon de ejércitos profesionales de extracción servil y, cada vez más, de población exclusivamente turca (en Siria y Mesopotamia con la inclusión de kurdos libres). Pero además, contaban con la gran masa de turcomanos nómadas que, salvo en las regiones demasiado cálidas, cuyo clima no soportaban sus camellos, sustituyeron parcialmente a los beduinos árabes que, por contra, soportaban mal el invierno frío del Asia Menor arrebatada a los bizantinos. Ambas fuerzas combinadas procuraron ejércitos más numerosos que los de los regímenes precedentes y permitieron la ocupación en profundidad de los territorios incorporados al imperio. Se ha prestado escasa atención a este movimiento, que se prolongó después, incluso, de la decadencia del estado seljúcida y que consiste en la desposesión progresiva de los pequeños señores árabes, kurdos o iraníes, en beneficio de los turcos. Así, con la excepción de los kurdos, muy integrados, a los que ya se ha hecho mención, la fuerza militar era exclusivamente turca. En el plano local, con la llegada de las cruzadas se produjo en Siria la paradoja de que el deber de la guerra santa incumbía casi exclusivamente a hombres recientemente islamizados a quienes los indígenas veían como extranjeros. Técnicamente, eso quiere decir que, salvo episodios aislados, no hubo ya sino guerra «a la turca».

Universidad de París I (Sorbona)

BIBLIOGRAFÍA ELEMENTAL

- Encyclopédie de l'Islam*, 2.ª ed., artículos *djaysb* (ejército), *barb* (guerra), *bhayl* (caballería, caballos), etc.
 K. A. C. Creswell, *A bibliography of arms and armours in Islam*, 1956.
 Lynn White, *Medieval technology and social change*, 1962, trad. fr. 1969.
War, technology and society in the Middle East, coloquio de Londres, 1970, ed. V. J. Parry y M. R. Yapp, 1975.
 J. D. Latham y W. F. Patterson, *Saracen archery*, 1970.

W. E. Kaegi, «The contribution of archery to the Turkish conquest of Anatolia», en *Speculum*, n.º XXXIX (1964).

Zeki Velidi, «Die Schwertler der Germanen», en *Zeitschrift der deutschen morgenländische Gesellschaft*, 1936.

La revista *Gladius* (Copenhague/El Cairo).